



# CORTES GENERALES

---

## SESIÓN SOLEMNE

Año 2009

IX Legislatura

---

**Acto Parlamentario con motivo de la visita a las Cortes Generales del Excelentísimo señor don Nicolás Sarkozy, Presidente de la República Francesa, celebrado el martes 28 de abril de 2009, en el Palacio del Congreso de los Diputados.**

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SR. D. JOSÉ BONO MARTÍNEZ

---

### SUMARIO

Se inicia el acto a las diez y cincuenta y cinco minutos de la mañana.

- Discurso del señor Presidente del Congreso de los Diputados (Bono Martínez)
- Discurso del señor Presidente de la República Francesa (don Nicolás Sarkozy)

Finaliza el acto a las once y treinta y cinco minutos de la mañana.

---

### Se abre la sesión a las diez y cincuenta y cinco minutos de la mañana.

El señor **PRESIDENTE**: Señorías, se abre la sesión.

Señor presidente de la República Francesa, señor presidente del Gobierno, señor presidente del Senado, señorías. Al preparar estas palabras he tratado de imaginar lo que os dirían los españoles si hoy estuviesen en mi lugar. Probablemente querrían trasladaros más mensajes de los que caben en un discurso de bienvenida, pero estoy seguro que no se limitarían a leeros un protocolo y frío saludo, porque sería una desatención para usted, señor presidente, y para Francia. Trato de ponerme en el lugar de los españoles que hoy han visto las principales calles de Madrid engalanadas con la bandera de Francia y saben que nos visita su presidente. Quizá lo primero que os agrade saber es que os conocen, saben vuestro nombre y miran vuestra política con interés. Es claro que no todos compartirán esa política, pero podéis estar seguro, como quizá lo estáis, de que aquí en España, como en Francia, no dejáis indiferente a nadie.

Si alguien observara estas palabras y pensaran que sortean el rigor del protocolo, no lo entiendan como desdén, sino como un guiño de sintonía y de complicidad hacia nuestro huésped, que a ojos de muchos españoles es un dirigente político con una personalidad excepcional que se resiste a ser encuadrado en los estereotipos antiguos de un político convencional. Su prestigio, señor presidente, no descansa en un discurso reduccionista sobre cómo llegar al poder y mantenerse en él, sino en la eficacia de quien busca soluciones concretas a problemas concretos.

Recibimos a un amigo de España que en sus dos años de mandato ha multiplicado los gestos de aprecio por nuestro país, y más allá del ceremonial, se os percibe, señor presidente, cercano. Parecéis más un ingeniero, un ingeniero que busca la eficacia y huye de los lenguajes de madera, que un profeta de dogmas que ya casi nadie quiere escuchar en los políticos. Nos agradó escucharle decir que no son los ciudadanos quienes han de marchar al ritmo de los gobiernos, sino que son los gobiernos los que deben acomodarse al paso de los ciudadanos.

Señor presidente, España y Francia son los dos primeros países europeos que se constituyeron como Estados-nación. Sin ellos Europa, ni la vieja ni la nueva, habrían existido. Somos dos naciones que nunca han podido ni han sabido ni han querido vivir de espaldas desde hace siglos. Baste recordar que si Roncesvalles forma parte de la épica francesa en *La Chanson de Roland*, la estancia de Napoleón en Chamartín y su derrota se transformó en estímulo contra el absolutismo y constatación histórica de que la libertad no se impone nunca con las bayonetas, sino que la conquistan los pueblos soberanos.

Muchos niños, señor presidente —desde luego yo entre ellos y muchos de los diputados y diputadas que aquí están—, aprendimos en la escuela a recitar los

límites geográficos de nuestro país diciendo: «España limita al norte con el mar Cantábrico y los montes Pireneos que nos separan de Francia.» Las montañas y los valles de esta cordillera significaron durante la dictadura algo más que un parapeto geográfico. Lo que nos unía físicamente era también lo que nos separaba políticamente. Esa cantinela del pasado hoy resultaría imposible. Hoy no tenemos cuentas pendientes de ser ajustadas.

Los españoles hemos mirado a Francia, señor presidente, con admiración, pero a veces —también hay que reconocerlo— con prevención. Admiración cuando nuestros vendimiadores nos trasladaban al regreso de la campaña de recolección de la vid que los sueldos en Francia eran bastante más altos que en nuestros pueblos; admiración por vuestra libertad casi ininterrumpida desde 1789; admiración por el acogimiento que disteis a nuestros exiliados cuando huían de la muerte en 1939; admiración por la facilidad con que siempre supisteis en Francia asentaros en una inteligente, pacífica y sana laicidad; admiración por vuestros partisanos y admiración por vuestra victoria sobre los nazis. Pero, como le decía, todo no ha sido siempre admiración. Hubo recelos evidentes y algunos de ellos fundados.

Hoy hemos superado la hostilidad con la que la Francia agrícola veía nuestra pretensión de entrar en el Mercado Común. Hoy vemos con normalidad cómo los productos agrarios españoles y franceses circulan sin dificultad por carreteras y mercados de ambos países. Ya no hay recelos, sino cooperación y hasta complicidad en defensa de políticas agrícolas europeas que nos favorecen mutuamente. Hoy lo que interesa es el futuro. Y si he citado el pasado es porque las flamantes relaciones actuales tienen más valor, señor presidente, por haber superado momentos de dificultad. Ejemplo claro de progreso es la cooperación francesa en la lucha contra el terrorismo de ETA. (**Aplausos.**) Hoy, señor presidente, los asesinos no tienen el santuario del que disfrutaron y temen por igual a los gendarmes franceses que a los guardias civiles o policías españoles. Esto es un objetivo verdaderamente magnífico que hemos logrado también en su Presidencia. Aunque en muchas ocasiones, señor presidente, me consta que el Gobierno de España y su presidente os lo han agradecido, hoy quiero, en nombre de todo los diputados y diputadas, de todos los senadores y senadoras de España, en nombre del pueblo español, reiterarle la gratitud. Gracias a Francia y gracias a usted, señor presidente, por la personal implicación contra el crimen de los terroristas. Muchas gracias. (**Aplausos.**)

Cuentan en España, señor presidente, que las noticias de las muertes de Luis XVI y María Antonieta llegaron a Madrid mediante un servicio de postas, con caballos, que tardó dos semanas en cada caso en traer la noticia a la Corte madrileña. Desde entonces han mejorado las comunicaciones, claro, al ritmo de los tiempos, pero sin aceleraciones llamativas. Y quizá sea este un capítulo en el que debamos avanzar más y más rápido. Hoy, sin embargo, la frontera pirenaica alberga más comunicación que conflicto. ¿Cómo olvidar que los Borbones también

vinieron de Francia cruzando la frontera? Su llegada, la llegada desde Francia de los Borbones tuvo muy diversos significados. Felipe V para unos significó —dicen— modernización, para otros —pregunte en Cataluña— aplastamiento de libertades. Tanto trasiego, señor presidente, en los Pirineos, de reyes o de exiliados —aunque a veces también los reyes fueron exiliados—, tanto trasiego de empresarios y de turistas, de vendimiadores o de camioneros acaba dando sus frutos y convirtiendo a Francia en parte viva de nuestra historia. Quizá por ese trasiego, por esa cercana vecindad, hoy Francia forma parte de la comunidad de afectos que integramos los españoles.

También la cultura y las ideas circulan con fluidez entre un país y otro. De poco sirvieron las pretensiones del ministro Floridablanca tratando de impedir que los españoles se contagiassen de los valores revolucionarios. Impuso la censura, cerró las fronteras y puso en marcha de nuevo la Inquisición, pero de nada le valió a Floridablanca. Pronto se vio que era imposible poner puertas al campo. Y la simiente liberal cayó en el suelo fértil de la Cádiz asediada y tanto Francia como España lucharon por deshacerse de visiones imperiales y absolutistas para abrir paso a los derechos humanos y a las naciones modernas, naciones que representaban la fraternidad y que hacen a los hombres iguales por encima de su linaje y de su riqueza.

Decía el historiador francés Fustel de Coulanges que «lo que diferencia a las naciones no es la raza ni la lengua. Los hombres sienten en su corazón que son un mismo pueblo cuando tienen una comunidad de ideas, de intereses, de afectos, de recuerdos y de esperanzas».

Siéntase, señor presidente, cómodo en España, porque, desde distintas banderas, tenemos conciencia de pertenecer, como decía Coulanges, a la misma comunidad de ideas, de intereses y de afectos. Ni usted, ni los franceses sois extraños, ni sois solamente vecinos, porque un sentimiento de fraternidad nos hermana. Siéntase cómodo, señor presidente, en las Cortes Generales y siéntase querido en España. Siéntase en su casa y hablemos con confianza.

Muchas gracias. (Aplausos.)

Señorías, el señor presidente de la República Francesa tiene la palabra.

El señor **PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FRANCESA** (don Nicolás Sarkozy): Señores presidentes, señoras y señores ministros, señoras y señores diputados, señoras y señores senadores. Voy a intentar estar a la altura de la reputación que parece que tengo o por lo menos la que acaba de hacerme el presidente en este mismo instante. Al expresarme ante ustedes en este lugar repleto de historia, pienso en aquellas horas cruciales de febrero de 1981, horas dramáticas, cuando este mismo hemisiciclo presencié el último combate entre la democracia y la dictadura. Justo detrás, en el salón, durante una noche, cinco de los grandes líderes de las fuerzas democráticas españolas fueron retenidos por las

armas. Así que deseo rendir un homenaje solemne a su soberano, su Majestad el Rey Juan Carlos, por su papel decisivo en aquel momento, cuando todo podía haber basculado en España.

Desde entonces, ¡cuánto camino ha recorrido España! Lo que el pueblo español ha logrado en tan solo unas décadas es magnífico, y nosotros, los franceses, estamos bien situados para ver el camino recorrido por España. España ha construido su propio modelo de democracia, un modelo que expresa su apego a su historia, a su identidad y, por supuesto, a su diversidad. Sin embargo, la democracia española aún tiene un enemigo, y este tiene un nombre: el terrorismo de ETA. Señor presidente, señoras y señores, que las cosas queden claras. Francia no tiene un doble discurso; Francia solo tiene un discurso. Cada vez que la democracia española necesite a la República Francesa en su lucha contra los asesinos, la democracia española podrá contar con la República Francesa. (Aplausos.) Francia, patria de los derechos humanos, perdería su honor si fuese un santuario para los terroristas. Francia quiere combatir a los asesinos. En una democracia la batalla de las ideas se libra en las urnas. Quienes pretenden ganarla escondiéndose detrás de las bombas, matando a inocentes, no son más que unos asesinos y Francia luchará contra ellos hasta acabar con el último.

Estimados amigos españoles, pueden contar con la democracia francesa, independientemente de los gobiernos que ustedes elijan democráticamente. Cuando fui ministro del Interior trabajé junto a los ministros de José María Aznar y después, al llegar al cargo de presidente de la República, he estado trabajando con el presidente Zapatero. Cuando se entabla una lucha de este tipo, no se lleva a cabo una política partidista. Cuando la democracia española nos enseña su rostro, con sus dos grandes partidos políticos, el Partido Popular y el PSOE, dos partidos capaces de ir más allá de sus diferencias para hablar con una misma voz en contra del terrorismo, el conjunto de Europa aplaude y admira a la democracia española. Señoras y señores, quería decirles también que quizá algunas veces haya habido en mi país un debate sobre este tema. Cuando transigimos con los terroristas, no ven la mano tendida, solo ven la debilidad, y la debilidad no puede ser el elemento más importante de una democracia. En mi país todo el mundo está convencido de ello, así que cuenten con la Policía francesa, una policía feliz de poder trabajar con las Fuerzas de Seguridad españolas.

También me gustaría decirles que quiero saludar a las víctimas españolas. Pocos franceses conocen esa realidad. España es el país que ha pagado, con creces, el tributo más caro debido al terrorismo. Tenemos que ir más allá, rebasar los límites. Esta mañana, durante la cumbre hispanofrancesa, vamos a crear junto al Gobierno español un Estado Mayor Común para la seguridad, con el fin de luchar contra todos los terrorismos, para entablar una lucha contra los narcotraficantes, que están destruyendo nuestras sociedades, y para que España y

Francia estén a la vanguardia del combate contra todos los tráfico, porque además los terroristas se alimentan, se nutren, se financian de estos tráfico.

España no solo es una gran democracia. España se ha convertido en una gran economía en el mundo; España se ha abierto; España se ha modernizado; España se ha equipado. Sean cuales sean las dificultades actuales, España ha hecho lo necesario para superar la crisis y puede mirar al futuro, al porvenir con confianza. Pero también, que las cosas queden claras. Cuando se reunió el G-20, consideré que era profundamente injusto que España no fuera un miembro del G-20. España es una de las veinte primeras economías de nuestro planeta y, cuando se reúnen las veinte primeras economías del planeta, España tiene que reunirse también, formar parte. No hay que elegir; es un deber. No podemos decirle a España que cumpla con todas sus obligaciones internacionales y después, por razones de costumbre, decir que España no dispone del escaño al que tiene derecho. Que las cosas queden claras, y hay que decir las de manera muy simple: España tiene que ser un miembro del G-20. **(Aplausos.)**

Esta España moderna, inventiva, innovadora es para Francia la aliada más segura, el socio más sólido, la amiga más fiel. A esa España vengo a saludar fraternalmente y a rendir homenaje aquí en nombre del pueblo francés. Lo digo —y usted tiene toda la razón del mundo— porque efectivamente no siempre España y Francia fuimos grandes amigos, y dos grandes democracias tienen que mirar a su pasado, a su historia, sin miedo, para intentar entender por qué hubo enfrentamientos, por qué hubo malentendidos en algún momento. El año pasado se celebró el bicentenario de una de las páginas más trágicas de nuestra historia compartida. Recuerdo que hace poco, por qué no decirlo, en Francia sí había miedo ante la entrada de España en la Unión Europea. Nuestros agricultores, nuestros pescadores a veces querían hasta luchar con sus propias manos. Ese fue un periodo muy duro, muy difícil; el miedo hizo que dos pueblos se enfrentaran, cuando tenían que trabajar juntos. El miedo no es buen consejero; la introspección nunca es una buena estrategia.

Hoy en día esta desconfianza ha desaparecido. Qué lejos está aquella imagen que teníamos en Francia de una España de agricultores, porque ahora España es una gran nación europea. Ya no existe esa imagen del miedo, de la competencia agrícola. Por ejemplo, hoy en día somos socios de EADS. En aquel entonces no se tomaron tiempo para entenderse, no vieron cuáles eran las líneas flojas de España y de Francia. Hoy en día invertimos a ambos lados de la frontera. Nuestros turistas son españoles; vuestros turistas son franceses y, sin embargo, ahí están los Pirineos.

Al ocupar el cargo de presidente de la República Francesa me di cuenta de que cumbre tras cumbre se daban los mismos problemas. Leía los informes y me decían: hemos progresado muchísimo, pero veía las propuestas, los temas que teníamos que abordar, decla-

raciones de principios. ¡Dios mío, hemos firmado unas cuantas declaraciones de principios entre ambos lados de los Pirineos! ¡Hemos hecho miles de discursos! Sí, hemos sido muy generosos en ese aspecto. Sin embargo, digámoslo con franqueza, en Francia, durante demasiado tiempo ha habido una ausencia de voluntad política para crear infraestructuras a la altura de nuestros intercambios, a la altura de nuestras grandes naciones modernas. Aquel tiempo, se lo digo solemnemente, ha quedado atrás. Dentro de tres años Barcelona tiene que estar conectada a menos de cuatro horas de Lyon en tren de alta velocidad. Nuestras grandes ciudades tienen que estar vinculadas, interconectadas con sistemas de trenes de alta velocidad. Tenemos que garantizar la seguridad de nuestras redes energéticas y que por fin tengamos la línea de muy alta tensión que atraviesa los Pirineos. ¡Quince años para que una línea de alta tensión conecte estos dos grandes países que son Francia y España! Lo que les propongo es: menos discursos, menos declaraciones de principios y más decisiones. **(Aplausos.)** Ustedes necesitan energía; franceses y españoles necesitan infraestructuras, así que adelante. **(Aplausos.)** No será fácil; si lo fuera, lo hubiesen hecho ya. Lo que necesitamos son prioridades. Los Pirineos, señor presidente, no pueden ser una barrera infranqueable. Si hemos conseguido la Europa política, es porque no queremos arrodillarnos ante la fatalidad de la geografía.

Quisiera concluir hablando de Europa. Yo soy profundamente europeo. Yo voté sí en un país que dijo que no; España dijo que sí, gracias a un referéndum. Durante la Presidencia francesa —y, señor presidente, quisiera darle las gracias— pude contar con el apoyo total de España, y francamente, esta experiencia de la Presidencia de la Unión Europea será un gran momento de mi vida política. Pocas veces he visto tanta voluntad política como para luego abandonar ante la primera dificultad. En pocas ocasiones he visto un sistema que funcionara tan bien, cuando está hecho para no tomar ninguna decisión. Quizá sea el milagro de Europa, un milagro europeo. Que se pongan de acuerdo veintisiete países europeos es una obra de ambición extrema y le digo al presidente del Gobierno español que durante la Presidencia española podrá contar con el apoyo total de Francia.

Pero ahora la pregunta es saber qué Europa queremos, cuál es nuestra idea de Europa. Señoras y señores, estamos en el siglo XXI y tengo la sensación de que hay muchas fuerzas que quieren que nos quedemos en el siglo XX; en nuestro modo de organizarnos, nuestros razonamientos, nuestras ideas, y Europa dispone de una oportunidad sin precedentes. La crisis está haciendo sufrir a nuestros pueblos, pero la crisis nos transforma en hombres libres; es una paradoja. El desempleo aumenta, la gente está sufriendo, el pueblo está sufriendo, pero somos libres porque por primera vez desde hace décadas mujeres y hombres políticos tenemos el derecho, no solo el derecho sino el deber, de reflexionar de otra manera, porque todos estos últimos años, cada uno por nuestra cuenta, hemos repetido una especie de catequesis

laica y política, independientemente de que seamos de izquierdas o de derechas. Nuestras referencias eran referencias del siglo pasado y no del siglo por venir. Ha llegado la crisis y la crisis nos obliga a pensar de manera diferente.

Señor presidente, no sé si su cumplimiento es exacto: «no deja a nadie indiferente», dijo usted. Bueno, yo eso lo podría interpretar de dos maneras, así que permítame por lo menos utilizar la manera lúcida de interpretar ese cumplimiento. Algunos quizá no hayan entendido lo que ha dicho, pero mi definición de nuestro papel es que el pueblo tiene que juzgarnos por las decisiones que tomamos. En la crisis sin precedentes que azota nuestro planeta, la cuestión que se le plantea a España, a Francia, es: ¿Vamos a dejar pasar la crisis y vamos a retomar las malas costumbres o queremos decirles a nuestros pueblos: Nunca las mismas causas provocarán los mismos efectos? Esa va a ser la principal preocupación de las cumbres de Nueva York y las cumbres europeas.

Estoy convencido de que si Europa no habla con una única voz, no vamos a poder convencer al mundo para que cambie; creo que todo el mundo estará más o menos de acuerdo sobre este punto. Pero hablar con una sola voz no es suficiente, hay que hablar con una voz única para decir algo. El consenso es indispensable pero con la condición de que se ponga al servicio de una gran ambición y no al servicio de una pequeña ambición. Entonces, ¿qué tenemos que pedir españoles y franceses juntos? Tenemos que pedir una refundación del capitalismo, una moralización del capitalismo. Independientemente de sus opiniones políticas, creo que nadie aquí puede aceptar que los especuladores hayan sido favorecidos ante los inversores o los empresarios **(Aplausos.)** Ese combate no es el combate de la economía de mercado contra la socialdemocracia, es el combate del sentido común. Nadie puede aceptar que los paraísos fiscales violen la ley y permitan al dinero del crimen..., y desprecien así las reglas de los Estados de derecho y de las democracias parlamentarias. No es una cuestión de izquierda o de derecha, es sentido común. ¿De qué sirve que creemos un orden internacional si los centros financieros violan las leyes que nosotros adoptamos?

Yo he hecho todo para reconciliar a mi país, Francia, con Estados Unidos de América. He intentado convencer al pueblo francés de que Francia tenía que unirse al mando integrado de Francia, volver al mando integrado, porque Francia es miembro de la familia de la OTAN y tenía que aceptar sus responsabilidades. Pero vivimos en un mundo multipolar y no podemos caminar al ritmo de una única potencia, aunque sea Estados Unidos de América, independientemente de los estrechos vínculos que nos unen. Esa es la Europa que vamos a tener que construir. Pero quiero también que la Presidencia española de la Unión Europea sea una presidencia abierta, que rechace la ingenuidad, que acepte protegerse. Esta es una Europa que no va a ceder, que va a hablar de preferencia comunitaria, que va a defender a sus agricultores al igual que los presidentes

estadounidenses han defendido a sus agricultores, una Europa que va a imponer leyes de protección medioambiental a sus empresas y que, sin embargo, no dejará entrar en la Unión Europea productos fabricados en aquellos países donde no respetan las reglas medioambientales, las reglas morales, las reglas sociales, porque eso no es proteccionismo, eso es rechazar la ingenuidad **(Aplausos.)**

Quisiera decirles a las fuerzas políticas españolas que ustedes dan ejemplo en materia de medio ambiente y de energías renovables —y no me voy a inmiscuir en el debate nacional, yo ya tengo problemas con el debate francés—, pero, señoras y señores, somos la última generación que va a tomar decisiones que podrían ser útiles para proteger a nuestro planeta, la última generación; los que vienen detrás quizá puedan decidir pero será demasiado tarde. Cuando tuvimos que debatir sobre el paquete energía-clima pude contar con el apoyo total de España, pero hay que ir más allá. ¿Por qué? Porque vamos a tener que apoyar al presidente Obama, que por fin ha hecho que cambiara la política de su país en defensa del medio ambiente. Nuestro deber es ayudar al presidente Obama a convencer al Congreso estadounidense para que le apoye. Y nuestro trabajo también —y se lo digo al presidente Zapatero que va a liderar Europa— es decirle al presidente Obama que su ambición es correcta pero que tiene que ser aún mayor. Dijo que en el año 2020 Estados Unidos no producirá más gases de efecto invernadero que en 1990; muy bien, le apoyamos, pero, ¿saben lo que ha decidido Europa? Que en el año 2020 Europa producirá un 20 por ciento menos de gases de efecto invernadero que en el año 1990. Europa es mucho más ambiciosa que Estados Unidos de América, así que tenemos que convencer a Estados Unidos para unirse a nuestra lucha. Hemos previsto un sistema de sanción para los Estados, para las empresas; Estados Unidos tendría que hacer lo mismo y si conseguimos convencerles de que la lucha para la salvaguardia de nuestro planeta es una lucha indispensable, entonces podremos convencer a India, podremos convencer a China, a Brasil y a todos los países emergentes para que se unan a nosotros en nuestra lucha.

Voy a concluir, porque no quisiera abusar, diciendo dos cosas: en primer lugar, quiero hablar de la seguridad de Europa. Yo quise que Francia volviese al mando integrado, pero también creo mucho en la defensa europea, y el presidente americano ha entendido perfectamente que el interés de Estados Unidos es basarse en un aliado fuerte y no en un aliado débil. Somos la región económica más potente. ¿Quién puede pensar que nuestra defensa podría incumbir únicamente a los demás? ¿Quién puede decir que Europa puede prescindir hoy de una defensa europea? Creo que España tiene que desempeñar un gran papel en la creación de esa Europa de la defensa.

Eso es lo que quería decirles, señoras y señores, y mostrar mi admiración por España, por su democracia, por la juventud y la creatividad de España. Yo soy un

observador apasionado del mundo deportivo y tengo un poco de envidia, pero quiero rendir sobre todo un homenaje a la juventud española que vence en todos los campeonatos y arrebatada todas las medallas. España tiene una larga historia pero España es joven; Francia tiene una larga historia y Francia está cambiando. Francia quiere cambiar, Francia quiere olvidar las caricaturas, Francia quiere hablar con simplicidad, quiere hablar con veracidad. Francia no quiere dar lecciones y Francia quiere aplicarse a sí misma las convicciones que propone. España y Francia tienen vocación de tener una lengua universal, de difundir lenguas universales, pero Francia lo quiere hacer tendiendo la mano, buscando socios, y al fin y al cabo lo único que cambia, indepen-

dientemente de los cambios políticos, es que España y Francia tienen un porvenir juntos y juntos tenemos que mirar al siglo XXI.

¡Viva España! ¡Viva Francia! ¡Y viva la amistad entre nuestros dos pueblos! **(Prolongados aplausos de las señoras y señores diputados y senadores, puestos en pie.)**

El señor **PRESIDENTE**: Muchas gracias, señor presidente.

Se levanta la sesión.

**Eran las once y treinta y cinco minutos de la mañana.**

**Edita: Congreso de los Diputados**

Calle Floridablanca, s/n. 28071 Madrid

Teléf.: 91 390 60 00. Fax: 91 429 87 07. <http://www.congreso.es>

**Imprime y distribuye: Imprenta Nacional BOE**

Avenida de Manoteras, 54. 28050 Madrid

Teléf.: 902 365 303. <http://www.boe.es>



Depósito legal: M. 12.580 - 1961